

## Esbrinadoras, medieros y onceras: un aspecto del pasado del azafrán

Cecilia M<sup>a</sup> Esteban Redondo

Hace unos años fui a Monreal del Campo para realizar trabajo de campo. Pretendía recoger información para elaborar mi tesis doctoral. Llegué a dicha comunidad en plena campaña de “zafranes”, por lo que era no me resultaba difícil hablar del tema que me interesaba y que me había llevado allí: el cultivo del azafrán. Uno de los aspectos de este cultivo que me llamó más la atención fue cuando tuve conocimiento de estas tres figuras: medieros/as, onceros/as y esbrinadoras; pero sobre todo la de las “esbrinadoras”. No obstante, lo primero que viene a la mente de las gentes de Monreal al hablar de estas fechas son los llamados “*bailes de esbrinadoras*”.

Se les daba este nombre a unas muchachas que venían de los pueblos de alrededor en los que no se plantaba azafrán. En las casas en las que iban a trabajar por primera vez aprendían de los amos y de otras chicas que ya lo habían hecho antes. Al no saber, la faena cundía poco, pero con el paso de los días se iban haciendo las manos (y el cuerpo) al trabajo, sobre todo si se quería volver al año siguiente y sacar “sus buenas perricas”. Y si no valían, pues no volvían más y ya está. ¡Ya se encargaba el amo de no buscarlas otra vez!

El mercado que había en Monreal era el lugar en el que se establecían los contratos. Mercado que hacía de la localidad el centro de la comarca. A él venían hombres de todos los pueblos de alrededor a vender o a comprar las cosas que necesitaban: utensilios de trabajo, cosas para la casa, comida, etc. Allí se conocía ya la gente puesto que coincidía muy a menudo. El hombre que precisaba de este tipo de mano de obra para la época de “zafranes” sabía quién tenía hijas en casa y, previo permiso del padre, le ofrecía venir para la campaña entrante de “esbrinadora”. El trato se hacía entre los dos hombres: el amo de la casa a la que iría a trabajar (contratante) y el padre de la muchacha (contratada). Una vez pactado con un apretón de manos, un chatico de vino, un “reguelto” o un “hasta más ver”, las chicas se trasladaban a vivir

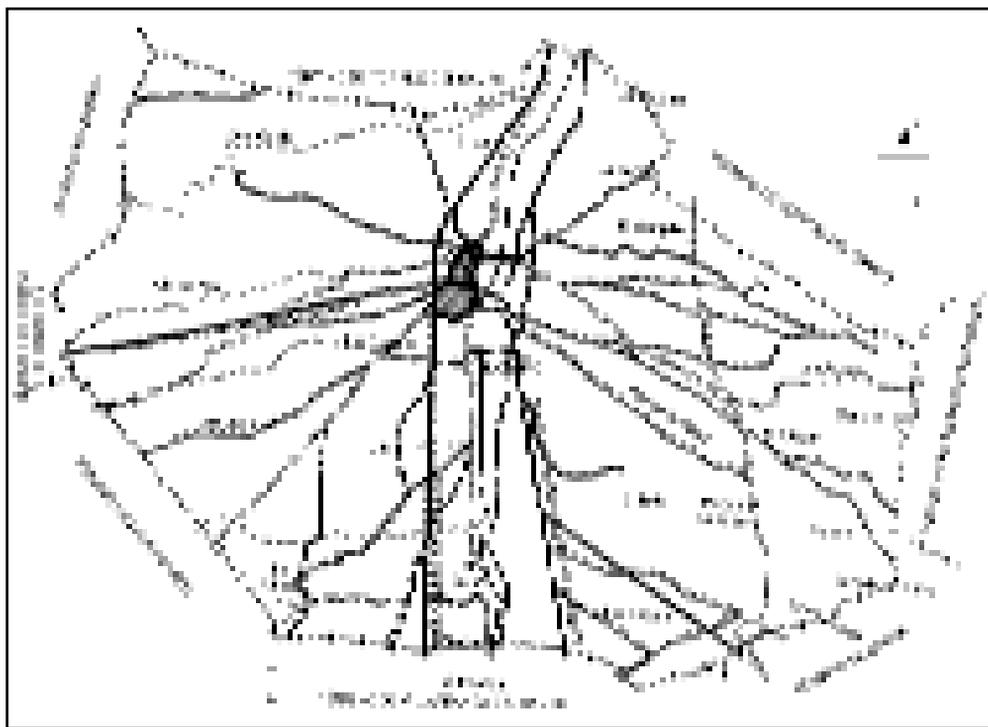
a la casa del contratante donde se les daba de comer y una cama. De esta manera, lo que se pretendía era que echasen una mano en la casa con el trabajo que había. Solamente iban a la casa en la que el padre y el contratante se conocían muy bien y era ese profundo conocimiento que se tenían mutuamente el que daba el consentimiento de que fuese la hija (soltera) a dormir a otra casa que no era la paterna.

En ocasiones se juntaban cuatro o cinco en una casa porque la muchacha se lo decía a otras del mismo pueblo. Siempre, teniendo como base la confianza y el conocer bien a la familia que iba a acoger a las “mozas”, se producía el traslado temporal de domicilio.

En las casas “pudientes” había hasta seis mozas, o más. Cuanto más dinero tenían, más grande era la casa; además de tener también muchas tierras y servicio (criadas, niñeras, etc.). Si no, con dos o tres y los de la familia había bastante para trabajar el “trocico” de tierra que se tenía, “¡que ya daba trabajo, ya! ¡el que quisieras y más!” Eran los que se encargaban de trabajar las tierras de estos grandes propietarios los que, a su vez, formaban las grandes cuadrillas de trabajadores que luego se verían en los campos “azules” en la campaña de la recogida del azafrán.

Venían las esbrinadoras de Bueña, Argente, Bronchales... y de pueblos de Castilla cercanos como Setiles, El Pobo, El Pedregal,... Algunas de las que venían a esbrinar no habían visto el tren en su vida y, cuando les dejaban salir para descansar, se iban paseando hasta la estación para verlo cuando llegaba. Para estas fechas, desde mediados del mes de octubre hasta principios de noviembre, se juntaban en Monreal muchas mozas: “...ni para las Fiestas Patronales se veía tan llena de gente la calle Mayor, como para los zafranes”. Lo cuentan los mayores, y lo hacen con admiración y casi con melancolía, como si recordasen tiempos de mayor esplendor para el pueblo.

Este movimiento migratorio-temporal de mano de obra femenina, que trajo a las esbrinadoras, tuvo lugar en las primeras décadas del siglo XX, en una época de buenas cosechas; de cosechas abundantes de este producto. No eran nuevas las migraciones de mano de obra del campo, pero lo que llama la atención es que fuera, en este caso concreto, mano de obra femenina. La razón de que fuera un grupo señalado estriba en su sexo: mujeres. Su movilidad era debida principalmente a tres razones: había más cantidad disponible, había menos hombres (disponibles) porque habían emigrado de sus lugares de origen (migraciones que no eran de carácter temporal como en este caso) y eran mano de obra más barata y necesaria en aquellas casas en las que, teniendo cultivado el azafrán, no disponían de trabajadores para salir adelante en esta época y las mujeres con estas características de Monreal, necesitaban trabajar para sus propias familias.



Plano de las partidas agrícolas de Moneal del Campo

Cuando empezaba la campaña, el amo de la casa iba a buscar a las mozas a los pueblos de donde venían. En algunos casos, en lugar de traerlas para toda la campaña, venían solamente para los días de más fuerza, cuando salía más rosa, “la florada” (que dura dos o tres días), ya que los primeros días empieza a salir un poco, los días centrales aumenta el número de flores y pasados estos días, vuelve a disminuir. Estas trabajadoras podían ganar alrededor del duro diario. Pero eso sí, bien ganado ya que son días agotadores, de mucho trabajo y poco descanso. De dedicación exclusiva a la rosa.

¿Cómo podría haber sido un día de trabajo para estas chicas? Pues como en esta fase del cultivo éste no ha experimentado mecanización alguna hasta el momento, imaginamos que sería como se ha venido realizando hasta nuestros días.

Hasta hace unos años, todavía de noche, empezaba a notarse en el pueblo un movimiento de coches y tractores (con alguien más que el conductor), que se van esparciendo por los caminos vecinales, dirigiéndose cada uno a su “zafrán”. Antes de utilizar los modernos medios de transporte, se iba en carro a la pieza. Se salía de casa a las cinco de la mañana y se tardaba en llegar entre una y dos horas. Se ha de tener en cuenta que, una pieza a la que yendo en carro se tarda una hora, en coche

son cinco minutos contados. La mayoría de las piezas están hoy día a una distancia máxima de unos diez minutos en coche. Pero no hay que olvidar que las piezas no han estado siempre en el mismo sitio. Se ha procurado tenerlas lo más cerca posible del pueblo. En la última década del siglo XX, han ocupado en su mayor parte los nuevos regadíos, las partidas del Jilo, Valdragón, la Ribaza... y en la zona de secano se han localizado sobre todo en la partida de El Tollo. Aunque las “piezas” cultivadas con azafrán suelen estar en zona de regadío, el agricultor prefiere la zona de secano porque dice que aunque no falta el agua en estas piezas, sale más cerda (las hojas de la planta), y es más difícil cogerla. Pero cuando sólo se tiene ese trozo de tierra no se tiene otra opción (con los repartos que tuvieron lugar al realizar la unificación de fincas con el nuevo catastro de rústica, la situación de las tierras han cambiado).

Se empezaba a coger la rosa al nacer el día; todavía está cerrada y es más fácil y rápida su recogida.

La “cerda” (hojas) que tiene a su alrededor, hace la tarea más difícil y lenta si la rosa está abierta. Por otro lado, aunque la rosa se coja mejor, hay que hacer frente a las condiciones climáticas del momento; la “rosada”, la escarcha con la que amanecen muchos días y deja mojada a la flor; la lluvia, el viento frío del norte o el de Castilla, y en ocasiones las heladas nocturnas, no impiden (ni impedían) llevar a cabo el trabajo.

En otros tiempos se encendían hogueras para ir calentando las manos y el cuerpo al comenzar la faena, mientras clareaba el día. Se veían grupos de personas inclinados hacia el suelo y dispersos por las tierras que rodean la localidad; un grupo de unas diez personas es una “buena cuadrilla”, puesto que cuanto más gente haya para realizar las faenas más duras del cultivo menos se tarda en llevarlas a cabo. Cuando pasa “el Correo” ya son las diez de la mañana; queda menos para terminar el trabajo. Los riñones “dicen que no aguantan más” y, si se puede, se “limpiará” la pieza, es decir, se cogerá toda la rosa que haya salido ese día; si “se apodera la rosa”(esto es, si ha salido tanta que a las doce del mediodía ya se llevan, por lo menos dos cestas llenas por persona, y ello es trabajo suficiente para el resto del día) se deja para el día siguiente. Si la del día está “amorrada” por el frío (no ha terminado de salir), se empieza a coger por la que se dejó el día anterior, o se va por la tarde a por ella.

Cada persona llevaba una cesta. El tronco del cuerpo inclinado hacia delante; en una mano la cesta que sirve de apoyo en el suelo; con la otra mano se va cogiendo la rosa con el índice y el pulgar. Si hacía mucho frío se utilizaban los “melindres”, guantes de lana sin dedos, que cubren solamente la palma de la mano. Se colocaban en la mano con la que se coge la rosa; en la otra mano, la que sujeta la cesta, se pone un guante completo.

Se empezaba de una en una. La experiencia iba haciendo que se aprovecharan los “ramilletes” de rosa que se encontraban, y se cogían de una vez. Conforme se iban llenando las cestas de rosa, se vaciaban en un saco ó en otras cestas más grandes (ó cuévanos) que se habían utilizado para coger la uva; estas cestas se ponían en la parte de atrás del carro con las esbrinadoras para volver a casa. Pero al cambiar el carro por el tractor ó los coches o furgonetas pequeñas, ya no pueden llevar en ellos los cuévanos debido a su gran tamaño.

Por la mañana a coger rosa; por la tarde esbrinando hasta que se terminase la rosa que se había cogido en el día; igual daba que fueran las doce de la noche que la una de la madrugada. Así se pasaban el resto del día: sentadas alrededor de una mesa y sin parar las manos un momento: con el índice y el pulgar de la mano izquierda se coge la flor de la mesa. Los mismos dedos de la derecha abren la rosa de un solo golpe partiéndola por la mitad para entonces, sacar los “briznes” juntos y sin romperlos, con un giro de muñeca se ponen en el plato. El resto de la flor es arrojado al suelo.

Era en ese momento, cuando iban surgiendo historias, cuentos, chistes, canciones, cotilleos... Con el tiempo se incorporó la radio a estas tertulias, como compañía de fondo. Se contaban chismes de la familia, de los vecinos, de los planes que se tenían para el año entrante, de lo que se iba a hacer con el dinero que se sacase: unos zapatos, la ropa de invierno, algo para la casa, para los hijos que casados, para ayudarles un poco, nunca vienen mal unos duricos para la casa. Si salía una melguiza (una rosa con seis briznes) y había una moza cerca, aprovechaban los mozos para darle un beso en la cara.

Se convertía este espacio, lleno de mujeres y con algunos hombres, los de la casa sobre todo, en un foro de socialización sin lugar a dudas, con unos momentos de estrechamiento de los lazos de amistad y parentesco, ante todo (a pesar de las tensiones que pudieran generarse entre los chicos del lugar y las novias que tenían por los celos que afloraban más que nunca durante esos días.

Después se iban a dormir hasta que, a las cinco de la mañana volvían a levantarse para empezar un nuevo día. Esa era la jornada de trabajo de las esbrinadoras. Pero había un descanso merecido que sería el momento del día más esperado por todos: la hora del baile. El baile de las esbrinadoras.

Estos bailes se celebraban solamente para las chicas que venían de fuera de la localidad, para las “forasteras” que venían como esbrinadoras. También acudían a ellos los chicos del pueblo. Los bailes eran como “centros sociales” en los que se conocían jóvenes de diferentes pueblos y en los que se establecían relaciones de amistad,

más o menos duraderas. Cuando eran las fiestas de los pueblos de alrededor, iban a ver a las chicas que habían venido a esbrinar en los “zafranés”. Hace ya unos años se hacía el baile con las esbrinadoras en un local que era de Educación y Descanso. Era organizado por gente que era de Educación y Descanso. También se celebraron en los locales del antiguo Casino. Toda una cuadrilla de gente un poco más mayor preparaban allí el baile. Era gratuito. Con tocadiscos. Se hacía por hobby, porque la gente cuando salía tuviera algo donde divertirse. También se salía a los bares, pero menos. La gente joven se iba a bailar un rato. Se salía a los bares menos y, ante todo la mujer, figura que no era muy corriente ver en estos espacios, aunque nos encontramos con que, los bailes de esbrinadoras eran unos espacios y un periodo de tiempo creados, organizados para ellas especialmente. Las muchachas del pueblo no iban a estos bailes en ese rato de descanso. Las mujeres de cada familia se ocupaban de realizar tareas de la casa (las esbrinadoras no habían sido contratadas para ello).

Las mujeres se quedaban en la casa para arreglarla un poco, para preparar algo de cenar o realizar cualquier otra cosa, pero las jóvenes de la localidad no iban al baile: Por la tarde se paraba un ratito. Los padres se iban a arreglar a los animales, y las hijas a comprar si faltaba algo. Si eran pequeños, iban un rato a casa de los abuelos o a recoger el azafrán que les habían llevado para que les ayudasen a esbrinar. Descansaban un poco de estar sentados y luego merendaban. Las meriendas eran de tal envergadura (con un poco de jamón, un poco de sardineta de lata, de conserva, una verdura, cosas así) que casi servía también de cena. Alguna que otra riña entre novios se daría en estos días, como también se dieron algunos matrimonios. Se recuerda el baile de la Plaza, el de “Las Chatas”, el del Casino...y más cercano en el tiempo (años 70) el de la discoteca Río... Dichos bailes, como centros sociales asemejan un “cebo” para que les resultase el trabajo algo más atractivo y de esta manera, no les costase mucho reengancharse otro año.

Entre las siete y las nueve de la noche era cuando se veía a toda esa gente por la calle. Para esas horas la cantidad de rosa a esbrinar ya había bajado. Después de llevar siete horas sentadas, las esbrinadoras habían realizado su trabajo y el tiempo que les concedían los amos para descansar (15 minutos, media hora o una hora) era empleado en establecer relaciones sociales a la vez que se iban ampliando sus horizontes espaciales y, con ellos los culturales, pues los bailes las identificaban como pertenecientes a un grupo, las “esbrinadoras” (lo que era igual que decir “forasteras”). Si a alguna no le parecía bien el trato que recibía en la casa en la que estaba (el que las dejaran o no salir para descansar y poder ir al baile, o que les pagaban poco y trabajaban mucho, o que no las trataban bien, que las trataban como si fueran criadas y no lo eran), no regresaba el año siguiente. También se corría la voz y decían: ¡A esa casa no vayas que no te tratan bien!, y luego era peor para los dueños; tenían que tratarlas bien para que quisieran volver, sobre todo si eran buenas esbrinadoras y trabajaban bien y rápido.



A los bailes no iban solas las muchachas. Iban acompañadas por los hijos del amo de la casa en la que estaban y si en su casa no había esbrinadoras, se iban a la de algún amigo y allí “echaban un rato”.

Es posible pensar en una contra imagen de la esbrinadora que trabaja mal, pero yo pienso que no se da tal figura por varias razones:

1. “todas las manos son buenas”
2. el “amo” busca “esbrinadoras” para trabajar; el primer año que las chicas van a las casas muestran su aplicación al trabajo en el caso de que no sepan hacerlo (si no tienen experiencia) pues no se valora tanto la rapidez como el trabajo realizado (hay que sacar producto limpio). Pero una vez terminada la campaña ya se ha producido un contacto tanto de trabajo como personal, por tanto, hay un conocimiento previo el año siguiente entre el amo y la esbrinadora, por lo que si no interesa renovar el “contrato” por alguna de las partes no se vuelve a dar aviso.

Pero lo principal es el primer punto porque el producto, que es lo que da el dinero a las dos partes (tanto a la casa-amo como a la esbrinadora) es lo principal y hay que “sacarlo adelante”.

En otras ocasiones, si había mucha rosa y no se podía realizar todo el trabajo en casa, se sacaba la rosa a otros pueblos para esbrinarla. Aún hoy día se mantiene esta práctica. En este caso son personas mayores las que se dedican a esbrinar la rosa que les lleva el “amo”. Se les paga por onza esbrinada, de ahí el nombre que reciben: “onceros/a”.

Los medieros también han llegado a nuestros días, aunque cada vez van quedando menos. Se llama así a la persona que, al no tener tierras plantadas con azafrán, acude a las de otra persona a coger la rosa. Se hace un trato de palabra entre el mediero y el amo de la pieza; durante la campaña se va a coger rosa y, una vez esbrinada, se parte la mitad para cada una de las partes. Son hombres y mujeres. A medias o a tercias, todo se esbrinaba en casa.

La figura del mediero se identifica con la del jornalero en cuanto a que es una persona que no tiene tierras o no tiene producto cultivado. Pero es un “jornalero” eventual y su “jornal” viene determinado por el trabajo que realiza, es decir, cuanto más producto recoja, más jornal ganará, aunque hasta que no se complete el trabajo no sabrá exactamente cuánto ha ganado. Su trabajo produce un beneficio inmediato al amo/propietario de la tierra/producto. Beneficio que es igual al “jornal” obtenido por el mediero y que, de la misma manera, no se conoce hasta que no se termina la campaña.

En cuanto a “persona no poseedora de producto” se identifica con la figura de la “esbrinadora”. También les equipara en esta categoría el hecho de realizar un “trato” con el amo/propietario. Éste pone unas condiciones de trabajo y aquéllos las aceptan o no, “regatean”, “tratan” y llegan a un acuerdo (condiciones que son aceptadas por las dos partes porque les equiparan en cuanto a beneficios y/o perjuicios) que es su “contrato” de trabajo.

Pero si ambas figuras son significativas es debido a que su importancia les viene dada por que se dan dos condiciones para que ello sea así: pocos amos y mucho producto. En el momento en que se generaliza la propiedad como forma de tenencia de la tierra y se cubren las necesidades de mano de obra con los miembros pertenecientes a una misma familia, el ser “necesario” o “imprescindible” de las esbrinadoras va desapareciendo y ello va unido a una disminución de la superficie plantada con este producto.

## Contrato entre el amo del azafrán y los medieros/esbrinadoras

### • Partes implicadas en un contrato

#### 1. Amo

##### 1.1. Casa

##### 1.2. Tierra = producto

#### 2. Medieros/esbrinadoras

##### 2.1. Jornalero

##### 2.2. No propietario = no dueño

##### 2.2.1. no posee tierra = producto

##### 2.2.2. acepta condiciones (realiza “trato” = regatea)

### • Contenido del contrato

1. Trabajo: a realizar (implicando las condiciones en las que se realiza el trabajo y el tiempo de descanso que disfrutarán)

#### 2. Pago

##### 2.1. Dinero

##### 2.2. Pensión (sólo esbrinadoras)

##### 2.2.1. comida

##### 2.2.2. cama

Con la desaparición del azafrán desaparecen también los roles de las esbrinadoras, de los medieros, y progresivamente las cuadrillas de trabajo, los onceros, y las conductas que van asociadas a los mismos que se aprenden y refuerzan ahora en otros contextos.

“El cultivo del azafrán se pierde”, dicen las gentes de Monreal, y con él esta forma de vida que con sus historias, costumbres y tradiciones ha perdurado durante siglos en una comunidad en la que el desarrollo económico y la introducción de una nueva forma de vida, si no superior sí con más fuerza, ha ido calando en sus gentes, en las nuevas generaciones.

El intento que hubo un año de recuperar los bailes de esbrinadoras fracasó. ¿Qué se hizo? Se celebró un baile en el pabellón deportivo, con una orquesta moderna (la que se contrata para las fiestas, de ese tipo) con una barra y se hizo en octubre, en plena recogida de la rosa. ¿Por qué fracasó? Pues la realidad fue que no se realizó un planteamiento adecuado. Se pretendía retomar un hecho del pasado y acoplarlo al presente pero manteniendo del pasado solamente el nombre, es decir: “baile de las esbrinadoras”. La gente de la localidad no lo identificó con los bailes de esbrinadoras sino con un baile más de los que hace el ayuntamiento para sacar dinero; era un baile “de fiestas” pero fuera de las fiestas. Cómo se podría haber hecho para que se hubiera repetido cada año siendo una tradición inventada ¿Desde dónde partió la idea? Debería haberse realizado un estudio de cómo fueron vividos estos bailes, el significado que para los habitantes de Monreal tienen los mismos, la percepción que de ellos tienen las personas que los vivieron y, una vez hecho esto, procurar mantener el sentido de los mismos al adaptar este tipo de acontecimientos (que lo eran para los habitantes de la localidad) a la actualidad. No son un baile más, son algo especial para los mayores de Monreal. Son una parte de ese querer ser de Monreal del Campo.